

Como historia documental (no como compilación de documentos) y como libro básico de introducción al tema, este pequeño volumen tiene muchos aciertos y es digno de aprecio. El lector debe estar prevenido, sin embargo, ante dos circunstancias. Una de ellas es que las traducciones que se nos ofrecen son por lo regular extremadamente libres, y aunque respetan la letra y el sentido de los textos no dejan de dar a éstos un estilo y un tono tan modernos que a veces hacen pensar en un anacronismo. Otra circunstancia es que el equipo que realizó este libro tal vez batió un record al hacerlo en cinco meses, pero a costa de un cierto descuido. Por ejemplo, en el texto de la carta del padre Juan Fonte sobre su entrada a la Tarahumara hay una inadvertida pero importante omisión: "Antes de partirme de esta tierra quise tomar razón del número de gentes de esta nación, y por la cuenta que me dieron hallé que serán unas 3 160 personas, sin las de rancherías apartadas, que no pude visitar". Además, el libro tiene detalles descuidados y erratas en medida mayor que la usual en un libro norteamericano.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Linda B. HALL: *Alvaro Obregón: Power and revolution in Mexico (1910-1920)*. College Station, Texas A & M University Press, 1981. 259 pp.

A la autora le preocupa analizar el proceso o etapa de institucionalización de una revolución: la etapa posterior a la violencia, en que la sociedad emprende las nuevas tareas de reconstrucción. Con razón, afirma que los estudiosos —sociólogos, politólogos, historiadores— han escrito acerca de las causas de las revoluciones y de sus etapas bélicas hasta la toma del poder, pero pocos se han preocupado por el proceso de consolidación de las mismas. La preocupación de Hall es sumamente interesante y actual, puesto que el resultado de ese proceso obliga a un nuevo análisis y a reconsiderar la naturaleza y metas de una revolución. La pregunta es polémica y de gran importancia, pues los resultados de otras experiencias históricas, como las de la Unión Soviética, la República Popular China y Polonia, contradicen la

definición que esas revoluciones se dan a sí mismas en el momento de la toma del poder.

El estudio se sirve del modelo de Luis A. Coser, "The functions of social conflict", que le permite analizar el conflicto como una parte orgánica y funcional de cualquier sistema político. Específicamente, la autora utiliza ese concepto de "conflicto social" con el fin de estudiar cómo se contrapuntearon o agruparon las diferentes facciones en lucha durante la revolución mexicana. Con base en esa argumentación demuestra en forma convincente que el proceso revolucionario mexicano de 1910 a 1917 produjo un sistema bastante flexible y tolerante ante el conflicto entre grupos. Esta flexibilidad permitió que el conflicto actuara como un poderoso mecanismo estabilizador, evitando un derrumbamiento total del sistema. Otro modelo sociológico del que se auxilia es el de Crane Brinton, "The anatomy of revolution", modelo que compara una revolución con una fiebre y las etapas de ella, desde que brota y hace crisis violenta hasta su posterior convalecencia y cura. Brinton hace un análisis comparativo entre cuatro revoluciones: la francesa, la norteamericana, la inglesa y la rusa de 1917. Hall adapta en forma ingeniosa, para el caso de México, las tipologías empleadas por Brinton.

Según este autor la fase inicial de las revoluciones comienza por la rebelión de sectores económicos pudientes que se ven afectados por diversos factores, como reducción de su ingreso, aumento de contribuciones, etc. La reacción política de estos sectores moviliza a amplias capas de la sociedad y, como todos los grupos revolucionarios confluyen en su interés por derrocar a un enemigo, se da una aparente "luna de miel". En el caso de México, que analiza la autora, esa fase concluye con la caída de Victoriano Huerta. Una vez que desaparece ese "enemigo común" sobreviene el derrumbamiento de la coalición revolucionaria y la imposibilidad de radicales y moderados para ponerse de acuerdo. Esa etapa de la lucha llega a su clímax con el consiguiente "régimen de terror". Finalmente la sociedad, ya exhausta por la guerra y sus tensiones, entra en un período de convalecencia. Este proceso último, reconocido por Brinton como la "reacción thermidoriana", parece ser un fenómeno general a las revoluciones, con excepciones que la autora señala. Precisamente en el "Thermidor" se crean las condiciones propicias que exigen la presencia de una dirección o poder unificador que regule y centralice las tareas de esa socie-

dad convalesciente. La persona unificadora y organizadora que emerge en México en esa fase, en 1920, es Álvaro Obregón.

El propósito del libro es analizar a la luz de esas categorías sociológicas y con un esquema weberiano el ascenso político y militar de Obregón a nivel local en 1911 hasta su consolidación como figura nacional en 1920, y la forma en que esa historia individual se entreteje con los procesos sociales y políticos nacionales. Aunque la autora afirma que le interesa analizar el período post-bélico —la fase en que una revolución se consolida y define a sí misma— las dos terceras partes del libro son un análisis de las formas y procesos por los cuales Obregón llegó, de 1912 a 1917, a tener una posición de influencia, una legitimidad y contactos políticos que le permitieron tomar el poder en 1920. La parte del libro que corresponde al período de 1917 a 1919 es breve y no responde satisfactoriamente a la pregunta acerca de cómo Obregón conservó y consolidó los contactos que había establecido con obreros, campesinos, militares y políticos entre 1912 y 1917. El período presidencial de Obregón está ausente, y puesto que entendemos que a Hall le interesaba la fase post-bélica extrañamos el análisis de ese período en que se consolida el nuevo estado mexicano.

La autora aborda una gran diversidad de problemas, de los cuales comentaremos algunos. El primero tiene que ver con la experiencia estatal del grupo sonoreense. Este aspecto es importante pues todos los jefes revolucionarios constitucionalistas tuvieron, a partir de 1913, una experiencia política similar. Sin embargo, fue el grupo sonoreense el que estuvo en posibilidades de plantear al país, en oposición al programa de gobierno carrancista, un proyecto nacional alternativo que incluía una amplia colaboración con sectores obreros, campesinos y de clase media.

Sonora, nos dice la autora, era una sociedad con una alta movilidad social que integraba vertical y horizontalmente a los diversos sectores y tejía a sus miembros en una malla más homogénea y por lo mismo menos estratificada que en otras zonas de la república. Sonora, a fines del porfiriato, presentaba un nuevo modelo de desarrollo económico donde agricultura, ganadería, comercio, pequeñas industrias y minería cobraban nuevo vigor, y esa economía y sus participantes tenían ligas estrechas con los Estados Unidos de Norteamérica. La presencia de trabajadores mineros y agrícolas que migraban entre el país norteamericano y México, así como la influencia de los movimientos sindicales norteameri-

canos de la *Industrial Workers of the World* fueron un incentivo para que los obreros se organizaran en sindicatos. Justamente constatamos los efectos de esa influencia en uno de los movimientos huelguísticos más duramente reprimidos en el país (Canea, Sonora, en 1906).

La sociedad sonorese y los grupos que la componían se vieron obligados a enfrentar en una forma vigorosa nuevos problemas de modernización en el campo, la industria y el comercio así como a encontrar nuevas soluciones políticas a los movimientos sociales correspondientes. Este proceso histórico proporcionó, no solo a Álvaro Obregón sino al futuro grupo sonorese, una experiencia política singular. Hay que buscar en esa experiencia una explicación a la conducta política de Obregón en relación con sus futuras alianzas con obreros y campesinos, como el famoso pacto del constitucionalismo con la Casa del Obrero Mundial, la formación de los Batallones Rojos y su colaboración con el constitucionalismo, y el pacto con la CROM; igualmente, su programa agrario y su futura alianza con los zapatistas: en suma, esa gran capacidad para establecer una amplia política de colaboración con diversos sectores de la sociedad. El caso de Obregón no fue único, pues justamente ese contexto local conformó la práctica política similar de otros líderes sonorenses mayores de la revolución mexicana, tales como Salvador Alvarado en Yucatán, Manuel M. Diéguez, Esteban Baca Calderón, y los mismos Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles.

Otro aspecto que la autora señala en forma muy convincente es el hecho de que Álvaro Obregón se desarrolló principalmente como figura político-militar nacional antes de tener una base o liderazgo estatal. Desde el momento en que Obregón inició el avance sobre la ciudad de México a principios de 1914 saltó a la palestra nacional, y no retornó a su estado natal hasta 1917 pero ya con personalidad y fuerza reconocidas en el país. Las implicaciones que tuvo el hecho de que Obregón se encontrara desvinculado o desarraigado de su base estatal fueron múltiples. La consecuencia más evidente fue que su salida lo puso al margen de la pugna interna del grupo sonorese. Pero hay otros procesos implícitos en el texto que a mi juicio son los más interesantes y complejos.

El hecho de que Obregón no contara con esa base de apoyo le causó un desarraigo y una debilidad momentánea; sin embargo, esa condición lo obligó a estar constantemente alerta ante posi-

bles alianzas o situaciones que lo beneficiaran y fortalecieran. Esta condición lo convirtió en una figura singular frente a otros jefes militares, en particular ante Pablo González, jefe de una de las otras grandes fracciones del constitucionalismo. Justamente lo que es excepcional en Obregón es cómo convirtió una aparente desventaja en su mayor fuerza. Bajo esta óptica jugó con la posibilidad de una alianza, primero con Villa, luego con los villistas más moderados. Su permanencia en el campo villista en 1914 le permitió reconocer posibles aliados que serían cruciales en futuras circunstancias, específicamente José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, quienes le salvarían la vida. Igualmente, dicha estancia le proporcionó valiosos conocimientos acerca de las motivaciones sociales del villismo. Hall no da razones de fondo para explicar el por qué no llegó Obregón a un acuerdo con Villa. Yo me pregunto si acaso Obregón, con ese "instinto felino" que le caracterizó, decidió romper o no aliarse con Villa en vistas a no perder la supremacía político-militar. Las razones de este argumento se basan en que la fuerza de Carranza dependía de una delicada y endeble lealtad de sus generales, entre los cuales Obregón ocupaba un primerísimo lugar. En cambio Villa era un líder carismático con el control directo de la fuerza militar más poderosa en manos de una persona: la División del Norte. Bajo esas circunstancias la alianza de Obregón con Villa hubiera representado la subordinación de éste a Villa, mientras que, con Carranza, Obregón seguramente calculó poder dominar la frágil coalición de jefes constitucionalistas y colocarse, como lo hizo, en un papel de predominio.

En julio de 1914 Carranza premió a Obregón con el privilegio de poder negociar la rendición del Ejército Federal, poder que le ratificó a principios de agosto. A escasos meses de haber salido de Sonora, Obregón ya se había convertido en el jefe negociador del constitucionalismo.

Una vez disuelto el Ejército Federal concluyó el período de "la luna de miel" de los grupos revolucionarios y se desató la lucha por el poder. La Convención de Aguascalientes se reunió justo en el momento de la escisión entre Villa y Carranza. La autora dice que la Convención estaba condenada desde el inicio a fracasar. El hecho de que los principales grupos que contribuyeron a la derrota de Victoriano Huerta asistieran a la Convención le dio una apariencia de unidad y voluntad de cooperación que nunca existió. Hall afirma que en el período de la Convención

ninguno de los grupos que asistieron tenía en ese momento el deseo o voluntad de hacer concesiones mayores para preservar la paz. La pregunta que uno debe responder, dice Hall, es no tanto por qué fracasó la Convención sino por qué tuvo lugar. Como posibles respuestas a esta cuestión nos dice que tal vez las diversas fuerzas la utilizaron como un foro ante la población mexicana así como ante las potencias extranjeras que pudieran darles reconocimiento. También es posible que el grupo que obtuviera el control de la Convención obtendría la legitimidad revolucionaria y a su vez el control mismo de la revolución. Dice la autora que a través del control de la Convención Villa alcanzó una legitimidad que de otra forma no hubiera logrado. Sin embargo, su incapacidad para usar con efectividad ese poder y la desconfianza creciente de Emiliano Zapata llevó al descrédito de la Convención. Obregón, por su parte, desempeñó durante el período de la misma un papel delicado. Nuevamente fungió como mediador y cabeza de un amplio grupo, y la independencia con que actuó provocó inclusive la desconfianza de Carranza. Sin embargo, esa relativa autonomía de Obregón respecto del constitucionalismo le facilitó establecer nuevas relaciones y aumentar notablemente sus contactos políticos. Igualmente, esa mayor amplitud de acción o visión política le permitió aquilatar la fuerza de programas y demandas planteados por otros sectores revolucionarios, específicamente la fuerza del plan agrario de los zapatistas.

Dice Hall que cuando la Convención desconoció a Carranza y Obregón tomó la decisión de apoyarlo, éste escogía en apariencia al perdedor. Carranza, pese a las dudas que pudiera albergar respecto a la conducta de Obregón, se vio obligado a aceptarlo por lo que militarmente representaba, pues sin el apoyo de Obregón no hubiera podido retener el poder. Por lo tanto Obregón inclinó la balanza nuevamente a favor de Carranza. Sin embargo, la desconfianza de Carranza sería un hecho y un problema que marcaría las relaciones futuras entre ambos.

De este período en adelante Obregón intensificó su política de alianzas amplias con el fin de aumentar su poder. Para esas fechas ya era un militar invicto, jefe negociador de la disolución del Ejército Federal y mediador político con relativa autonomía entre las diversas facciones en pugna: la cúspide de su liderazgo la alcanzó en Celaya y León al derrotar a Villa. Éste sostenía con su personalidad uno de los ejércitos más poderosos, la División

del Norte, y gran parte de esa fuerza, según Hall, se sostenía en torno al mito de su indestructibilidad. Cuando Villa perdió ante Obregón, su apoyo popular se vino abajo. Hall afirma que con la derrota en Celaya el mito del invencible Villa fue transferido a Obregón, pues ese triunfo le proporcionó gran apoyo popular así como seguidores potenciales. A mi juicio sería discutible esa "transferencia del mito de indestructibilidad"; lo que sí sucedió fue que los jefes generales constitucionalistas que habían unido sus destinos políticos con Pablo González fueron los que muy oportunamente realizaron una "transferencia de fidelidad" a Obregón. Fue el momento en que los jefes constitucionalistas "olfatearon" quién sería el jefe en la lucha a seguir por el poder y fue este cambio de bando lo que fortaleció notablemente a Obregón. Finalmente, la intervención de Obregón en el congreso constitucional de Querétaro, según Hall, dejó en la mente popular la imagen de él como el líder defensor de los principios sociales más radicales. El escenario estaba preparado y Obregón, al presentar su renuncia a la Secretaría de Guerra en mayo de 1917, se perfilaba como el legítimo sucesor a la presidencia de la república en las elecciones de 1920.

Para 1917, nos dice la autora, cuando Obregón se retiró a la vida privada, reunía alrededor de su persona todos los atributos de un liderazgo: carisma, tradición, legitimidad, heroísmo militar, mito de indestructibilidad, una personalidad conciliadora o pivote en todos los conflictos, cercanía o arraigo en los sectores populares. Cada uno de esos atributos se iban acrecentando en contraposición a las medidas antipopulares llevadas a efecto por Carranza o sus generales: el cierre de la Casa del Obrero Mundial, el encarcelamiento y pena de muerte dictados contra los líderes obreros, la campaña de exterminio contra los zapatistas y el asesinato de Emiliano Zapata, la impopular campaña contra Villa, etc.

En el año de 1918 los jefes obregonistas iniciaron los preparativos políticos para la sucesión presidencial de 1920. Por conducto del Partido Liberal Constitucionalista y con ayuda de los principales jefes obregonistas, se restablecieron los contactos políticos con los grupos con que Obregón había establecido nexos en el período de 1912 a 1917. La campaña rápidamente cosechó las simpatías de campesinos, principalmente los zapatistas, y con los obreros se formalizó el "pacto secreto" de ayuda mutua firmado con la CROM.

La autora hace hincapié en el aspecto civil legalista y legítimo

de la campaña de Obregón. Según Hall, Obregón hizo una campaña política y de ninguna manera preparó un golpe militar. Se llegó a una situación bélica forzada por las circunstancias, y fueron los seguidores de Obregón quienes empuñaron las armas. En el afán de legitimar la actuación de Obregón desconoció los arreglos y preparativos militares que habían realizado Benjamín Hill y otros obregonistas. La autora, por lo mismo, presenta a un Obregón ingenuo, haciéndonos creer que el general invicto desconocía que si quería el poder lo tendría que tomar por la fuerza, como en efecto lo hizo.

En conclusión, Hall nos presenta a Álvaro Obregón como un revolucionario o político racional adornado con numerosos atributos. En toda la descripción de la personalidad de Obregón resalta este aspecto legal conciliador. Pero queda ausente en todo el libro el otro Álvaro. Héctor Aguilar Camín nos dice: "Hay como dos Álvares Obregón, del mismo modo que hay como dos zonas de la política mexicana: uno es el suntuoso y con frecuencia fallido orador que se envuelve en los tules retóricos del patriotismo y la celebración emocionada de los destinos de México... Otro mucho más sabio, contundente y atractivo es el que resume en privado los conocimientos de su caudillaje en el medio corrupto y cínico de la política post-revolucionaria, el que acuña aforismos perdurables que autorretratan el impulso profundo de una inteligencia: 'No hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos...'. Entre esas dos realidades, pero sobre todo en la segunda, oscila y se ejerce la pasión fundamental del caudillo, la pasión del poder y del mando. No hay visiblemente, en la vida de Obregón, otra desproporción, otra avidez fáustica, que la del poder". Y esta "otra cara" del político y de la política mexicana es la que permanece en la obscuridad en esta biografía.

Hall nos presenta una interesante biografía de Obregón, tanto por la interpretación y el material nuevo que aporta como por el hecho de incorporar al estudio del personaje visiones anteriores y nuevas perspectivas e interrogantes de la historiografía contemporánea del período.

Alicia HERNÁNDEZ CHÁVEZ
El Colegio de México